

A ñ
é ß

STARTER STORY • SPANISH • C1

La escala del olvido

La escala del olvido

A Tomás Cerezo lo habían formado para medir el mundo con una exactitud que no admitía sentimientos, y por eso la diputación provincial lo envió, sin sospechar la ironía, a levantar el nuevo catastro de Valdehoyos, el pueblo donde había nacido y que llevaba veintitrés años sin pisar. El encargo, en apariencia, era sencillo: sustituir un mapa anticuado por otro trazado con dron y GPS, preciso hasta el centímetro. Nadie en la oficina central sabía que el mapa anticuado lo había dibujado su padre.

Valdehoyos, cuando Tomás lo dejó, tenía ochenta y pocos habitantes y una escuela con dos aulas. Ahora, según el padrón que le habían entregado, quedaban diecisiete, casi todos mayores de setenta años. La escuela llevaba una década cerrada, y alguien había clavado tablas en las ventanas, como quien le cierra los ojos a algo que ya no va a despertar.

En el ayuntamiento, un edificio de piedra con un balcón torcido, seguía colgado el mapa que Ezequiel Cerezo había dibujado en 1968, cuando el pueblo necesitó un plano para una disputa de lindes con el municipio vecino. No era un documento técnico. Ezequiel no había estudiado topografía en ninguna parte: había caminado cada linde con una rueda de medir y una libreta, y había completado con recuerdos lo que la rueda no alcanzaba a explicar.

El mapa del padre dibujaba la iglesia dos veces más grande que la escuela, aunque medían casi lo mismo. Dibujaba la fuente de la plaza en el centro exacto, aunque en realidad estaba corrida hacia el este. Alguien, mirándolo por primera vez, habría dicho que Ezequiel Cerezo no sabía medir. Los del pueblo, en cambio, sabían exactamente por qué la iglesia ocupaba tanto espacio en aquel papel.

Tomás recordaba las tardes en que su padre lo llevaba a caminar los límites del pueblo, la rueda de medir traqueteando sobre el camino, la libreta llenándose de números y, junto a ellos, de anotaciones que no eran números: «aquí se casó tu tía», «aquí murió el roble grande del veintinueve». De niño pensaba que así se hacían todos los mapas. Tardó años en descubrir que no.

Montó su equipo en la plaza el primer día, y lo primero que hizo, casi sin pensarlo, fue medir su propia memoria contra el GPS. La plaza, que recordaba enorme, medía catorce metros de lado a lado. Se quedó un rato mirando el número en la pantalla, preguntándose si el pueblo había encogido o si había sido él, todo este tiempo, quien lo llevaba agrandado por dentro.

Aurelio, que había sido aprendiz de su padre y ahora hacía de alcalde honorario sin que nadie se lo hubiera pedido oficialmente, lo recibió con una mezcla de orgullo y recelo. «Así que ahora nos miden con satélites», dijo, señalando el dron plegado sobre la mesa. «Tu padre lo hacía con los pies, y a nadie le salió nunca mal un linde.»

Tomás explicó, con la paciencia de quien ha dado la misma explicación demasiadas veces, que el nuevo catastro era necesario: sin coordenadas exactas, Valdehoyos no podía optar a las ayudas de repoblación rural que la Unión Europea ofrecía a los municipios que aceptaran nuevos vecinos. Aurelio escuchó sin interrumpir. Al final dijo solamente: «Qué cosas hay que medir para que alguien decida vivir en un sitio.»

Durante dos semanas, Tomás recorrió Valdehoyos casa por casa, calle por calle, con la meticulosidad que le pagaban por tener. Descubrió que el arroyo se había desplazado casi veinte metros hacia el norte desde el mapa de su padre, un cambio real y documentado: una riada, en efecto, lo había desviado. Descubrió también, sin buscarlo, que aquella riada había ocurrido el mismo invierno en que murió su madre, y que hasta ese momento nunca había relacionado ambas cosas.

Midió la casa donde había crecido, hoy sin tejado y con una higuera creciendo dentro de lo que fue la cocina. Los números eran claros: el mapa de su padre situaba la fachada a cuatro metros de la iglesia. La medición del GPS daba seis. Tomás anotó la diferencia en su cuaderno técnico con la misma letra pequeña y ordenada con que anotaba cualquier otro dato, y solamente después se permitió preguntarse por qué su padre se habría equivocado justo ahí, justo en la única casa que le importaba de verdad.

Se lo preguntó a Aurelio esa noche, en el bar que hacía también de tienda y de oficina de correos. Aurelio se rio, no con burla sino con la ternura de quien explica algo obvio a un niño demasiado listo para ver lo evidente. «Tu padre no medía mal esa casa», dijo. «La acercaba a la iglesia porque tu madre iba a misa todos los días y él quería que el camino le pareciera corto.»

Esa frase se quedó con Tomás más tiempo del que hubiera querido admitir. Volvió al mapa colgado en el ayuntamiento y lo miró de otra manera: ya no como una serie de errores que él venía a corregir, sino como una serie de decisiones, cada una tomada por una razón que el papel no explicaba pero que el pueblo entero recordaba sin esfuerzo.

El encargo oficial, sin embargo, no dejaba espacio para esas razones. El nuevo catastro exigía coordenadas UTM, superficies en metros cuadrados, una precisión que no distinguía entre una fachada y el amor de un hombre por su mujer. Tomás terminó el levantamiento en la fecha prevista: cada parcela medida, cada linde georreferenciado, cada casa, habitada o no, con su polígono exacto.

La secretaria del ayuntamiento le preguntó, casi de pasada, qué hacer con el mapa viejo. «Habrà que guardarlo en el archivo», dijo, «ya no sirve de mucho, ahora que tenemos el bueno». Tomás, que llevaba toda su vida profesional defendiendo la superioridad de lo exacto sobre lo aproximado, se sorprendió a sí mismo diciendo que no.

Pidió que el mapa de su padre se quedara colgado donde estaba, junto al nuevo, y que se rotulara con una cartela: «Levantamiento de Ezequiel Cerezo, 1968». Nadie en el ayuntamiento entendió del todo por qué el técnico de la diputación insistía tanto en conservar un documento que su propio trabajo dejaba obsoleto. Aurelio sí lo entendió, y no dijo nada, y eso fue suficiente.

La última tarde, antes de marcharse, Tomás volvió solo a la casa sin tejado. Se sentó donde antes estaba la cocina, bajo la higuera, y sacó su cuaderno técnico. Junto a las coordenadas exactas de la parcela, en el margen, escribió a mano algo que ningún catastro le pedía: «a cuatro metros de la iglesia, para que el camino pareciera corto».

Cuando entregó el proyecto final, semanas después, incluyó ese margen sin borrarlo, sabiendo que ningún funcionario le exigiría explicaciones por una anotación privada en un documento público. Nadie se la exigió. El mapa se aprobó, se archivó, se usó para tramitar las primeras ayudas de repoblación.

Meses más tarde, una familia joven que buscaba casa en el campo llegó a Valdehoyos gracias a esas ayudas, y alguien les enseñó los dos mapas colgados en el ayuntamiento, el viejo y el nuevo, lado a lado. Preguntaron, como es natural, cuál de los dos era el correcto. Aurelio, que estaba allí por casualidad, contestó sin dudar: «Los dos. Solo que miden cosas distintas.»

OQOU STARTER LIBRARY

This story is from oqou's free starter library, graded at C1 for Spanish readers.

Read it interactively in the oqou app: tap any word for an instant translation, listen with natural narration, and carry your saved vocabulary into every story you read next.

oqou.app

[Download oqou on the App Store](#)

oqou •